FOTO EN COSTANERA SUR

Canta la hinchada de River: "La Boca, la Boca, la Boca se inundó, y a todos los de Boca Videla los tapó"

VIDELA HACE FOOTING

Dice la gente: "Esto con los militares no pasaba"



Nº 217 Sábado 7 de diciembre de 1991

¡QUIETO!!! ¡ESTO ES UN SECUESTRO!!! ¡SUBA RÁPIDO A LA CAMIONETA!!!

ESCUCHE, OFICIAL... ¿NO LO PODRÍAMOS ARREGLAR DE OTRA MANERA...?

PAGALÓ COMO QUIERAS PERO COBRELO CASH

Guarnerio - Rudy - Pati

SILENCIO, POLICIA SECUESTRANDO

LA BANDA DEL SARGENTO PEPPER

EL GORILA QUE PIENSA





PORQUE ESO ES COMO SI LOS MILITARES ATACARAN A SU PROPIO PAIS...







SECUESTR



Vendo Quinta en
Gran Buenos Aires
Joya. Nunca aguantadero

Aproveche la plata dulce

Obtenga su secuestro en el exterior con...
Secuestour
Una gira por los sótanos de los más paradisíacos lugares del mundo, por un mínimo rescate*.
** El rescate no incluye servicios subterráneos.*

Animamos tu secuestro
Capuchita y Capuchón

Solos y solas...
Encuéntren su pareja con nuestro exclusivo servicio de secuestros matrimoniales

Capuchas descartables, sogas esterilizadas, mordazas con sabor frutado
Secuestrad service
le pone sanidad a tu secuestro

Visite nuestro local de Córdoba y Pueyrredón, a pasitos del sótano del Hospital de Clínicas
Inversor hipotecario
Financia rescates.

Obtenga el efectivo en el día, y a su pariente secuestrado al día siguiente
Rescates
Juancito paga más.

No tire a su viejo pariente. Se lo secuestramos en el día y con garantía.



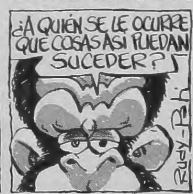




EL GORILA QUE PIENSA







SECUESTREME SARGENTO







Por este único medio anunciamos a la población que se ha detectado un grupo de humoristas en actividad que se dedican a la ímproba tarea de escarnecer, burlar y hasta provocar risa a costa de la banda policial que secuestraba ejecutivos.

Los humoristas en cuestión serían: Pati (a) Lapicito; Sócrates Mosqueto (a) El profesor, habitualmente armado con una computadora; Toul (a) El Cordobé; Langer y Rulloni (a) Los sátrapas de Paternal; Daniel Paz (a) Mate; Miguel Rep (a) Onó; Carlitos "Bululú" Guarnerio y Rudy (a) Avosnotevatanmal. Se los ha visto por esta redacción intentando perpetrar un suplemento de la peor calaña. No obstante, ante cualquier duda, ríase.

















OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

EFLUENTES

Los argentinos nos sentimos felices por la depuración que está logrando la Policía Federal, y estimamos que este mérito debe extenderse a las más diversas entidades. Así, por ejemplo, en el caso de que integrantes de la Comisión Directiva de algún club de barrio sean encarcelados por haber cometido fechorías, nos alegrará la depuración lograda por el club, que así concitará la más amplia confianza y simpatía. Es más, cuando alguna señora venga a llorar en nuestro hombro porque su marido la abandonó a ella y a sus cinco hijos llevándose para colmo el televisor, la felicitaremos porque su familia se ha consolidado al depurarse de un elemento indeseable. En este sentido, hay que reconocer que la institución más depurada es la de los delincuentes mismos, ya que desde hace muchísimos años sus integrantes más torpes o descuidados vienen siendo descubiertos y puestos en prisión.

El hecho es que la institución policial ha conseguido algo, la depuración, que por ejemplo no logró el Riachuelo, lo cual, además de demostrar la superioridad de nuestra policía con respecto a ese curso de agua, vuelve a poner sobre el tapete el problema de las empresas que vierten en los ríos efluentes industriales sin depurar: ¿no sería mejor que estos empresarios depuraran los efluentes que han producido, en lugar de correr el riesgo de pagar una multa cuyo importe debe ser reunido apresuradamente por ellos o sus familiares?

Yendo al tema de fondo, debemos reconocer que, más allá de sus errores, un grupo de funcionarios policiales ha hecho un interesante aporte al tema de la Reforma Carcelaria. Nobleza obliga, tanto el señor Mauricio Macri como otros penados admitieron haber sido tratados correctamente; fueron bien alimentados, no fueron objeto de humillantes requisas, se los proveyó de una moderna radio de conocida marca y fueron ataviados con elegantes joggings, muy superiores al incómodo traje a rayas. Todo esto se logró sin ningún aporte estatal, y, en realidad, como suele suceder con los emprendimientos más audaces, en conflicto manifiesto con el Estado. Se objetará que los presos no habían sido condenados por autoridad judicial competente, pero no otra cosa sucede con muchísimas personas encerradas en las cárceles tradicionales, que esperan años y años el juicio que los declare culpables o inocentes. De todos modos, gracias a la Reforma Carcelaria la culpabilidad o inocencia del preso pierde importancia, ya que, al perfeccionarse la calidad de vida en las cárceles, éstas dejan de ser un castigo. Supongamos, un desocupado que viva en una villa de emergencia en el Gran Buenos Aires, en la cual está encerrado por falta de plata para el colectivo, ¿no aceptaría gustoso mudarse a un moderno establecimiento donde tendrá buena comida asegurada y también, lo que nunca en su vida, podrá vestirse con un jogging de marca? Si alguna duda tuviera, la posibilidad de recibir de vez en cuando visitas íntimas de la patrona terminará de convencerlo.

La perspectiva de que aun los sectores más carenciados tengan acceso a las cárceles privadas dependerá de que los empresarios del sector reinviertan sus ganancias de manera responsable; concretamente, se hace necesario un régimen de becas por el cual la contribución de los usuarios más pudientes permita financiar la entrada en el sistema de los sectores hoy marginados. Ya vamos viendo que con los encarcelamientos pasa como con los teléfonos: el problema no es que estén privatizados sino que el Estado no ejerza un adecuado control sobre su explotación. Bajo el contralor de un Ente Fiscalizador de Encarcelamientos Privados, el funcionamiento del sistema se compatibilizará admirablemente con la orientación general de la economía, ya que, por una parte, los usuarios pudientes estarán en condiciones de abonar aranceles cada vez más elevados, y, por la otra punta, sectores cada vez mayores se irán incorporando al régimen de becas, hasta que, por último, toda la población quede incluida en esta especie de seguro social.

Es cierto, todo sistema tiene su punto débil, que en este caso es: ¿alcanzarán los comisarios argentinos para atender una organización tan vasta como la propuesta? Aquí viene en nuestra ayuda la reciente iniciativa que propicia la inmigración de mano de obra especializada del Este europeo: en esos países existen muchísimos comisarios políticos, hoy desocupados, que vendrán gustosos a esta tierra de promisión. Se objetará que un comisario no es lo mismo que un comisario político, pero, ¿no es político, un comisario?



EME SARGENTO

Por este único medio anunciamos a la población que se ha detectado un grupo de humoristas en actividad que se dedican a la ímproba tarea de escarnecer, burlar y hasta provocar risa a costa de la banda policial que secuestraba ejecutivos.

Los humoristas en cuestión serían: Pati (a) Lapicito; Sócrates Mosqueto (a) El profesor, habitualmente armado con una computadora; Toul (a) El Cordobé; Langer y Rulloni (a) Los sátrapas de Paternal; Daniel Paz (a) Mate; Miguel Rep (a) Onó; Carlitos "Bululú" Guarnerio y Rudy (a) Avosnotevatanmal. Se los ha visto por esta redacción intentando perpetrar un suplemento de la peor calaña. No obstante, ante cualquier duda, ríase.



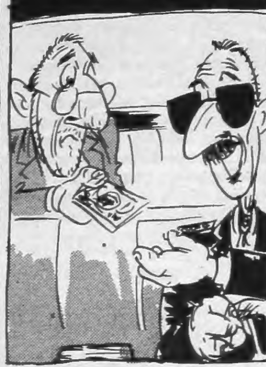














OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

EFLUENTES

Los argentinos nos sentimos felices por la depuración que está logrando la Policía Federal, y estimamos que este mérito debe extenderse a las más diversas entidades. Así, por ejemplo, en el caso de que integrantes de la Comisión Directiva de algún club de barrio sean encarcelados por haber cometido fechorías, nos alegrará la depuración lograda por el club, que así concitará la más amplia confianza y simpatía. Es más, cuando alguna señora venga a llorar en nuestro hombro porque su marido la abandonó a ella y a sus cinco hijos llevándose para colmo el televisor, la felicitaremos porque su familia se ha consolidado al depurarse de un elemento indeseable. En este sentido, hay que reconocer que la institución más depurada es la de los delincuentes mismos, ya que desde hace muchísimos años sus integrantes más torpes o descuidados vienen siendo descubiertos y puestos en prisión.

El hecho es que la institución policial ha conseguido algo, la depuración, que por ejemplo no logró el Riachuelo, lo cual, además de demostrar la superioridad de nuestra policía con respecto a ese curso de agua, vuelve a poner sobre el tapete el problema de las empresas que vierten en los ríos efluentes industriales sin depurar: ¿no sería mejor que estos empresarios depuraran los efluentes que han producido, en lugar de correr el riesgo de pagar una multa cuyo importe debe ser reunido apresuradamente por ellos o sus familiares?

Yendo al tema de fondo, debemos reconocer que, más allá de sus errores, un grupo de funcionarios policiales ha hecho un interesante aporte al tema de la Reforma Carcelaria. Nobleza obliga, tanto el señor Mauricio Macri como otros penados admitieron haber sido tratados correctamente; fueron bien alimentados, no fueron objeto de humillantes requisas, se los proveyó de una moderna radio de conocida marca y fueron ataviados con elegantes joggings, muy superiores al incómodo traje a rayas. Todo esto se logró sin ningún aporte estatal, y, en realidad, como suele suceder con los emprendimientos más audaces, en conflicto manifiesto con el Estado. Se objetará que los presos no habían sido condenados por autoridad judicial competente, pero no otra cosa sucede con muchísimas personas encerradas en las cárceles tradicionales, que esperan años y años el juicio que los declare culpables o inocentes. De todos modos, gracias a la Reforma Carcelaria la culpabilidad o inocencia del preso pierde importancia, ya que, al perfeccionarse la calidad de vida en las cárceles, éstas dejan de ser un castigo. Supongamos, un desocupado que viva en una villa de emergencia en el Gran Buenos Aires, en la cual está encerrado por falta de plata para el colectivo, ¿no aceptaría gustoso mudarse a un moderno establecimiento donde tendrá buena comida asegurada y también, lo que nunca en su vida, podrá vestirse con un jogging de marca? Si alguna duda tuviera, la posibilidad de recibir de vez en cuando visitas íntimas de la patrona terminará de convencerlo.

La perspectiva de que aun los sectores más carenciados tengan acceso a las cárceles privadas dependerá de que los empresarios del sector reinviertan sus ganancias de manera responsable; concretamente, se hace necesario un régimen de becas por el cual la contribución de los usuarios más pudientes permita financiar la entrada en el sistema de los sectores hoy marginados. Ya vamos viendo que con los encarcelamientos pasa como con los teléfonos: el problema no es que estén privatizados sino que el Estado no ejerza un adecuado control sobre su explotación. Bajo el contralor de un Ente Fiscalizador de Encarcelamientos Privados, el funcionamiento del sistema se compatibilizará admirablemente con la orientación general de la economía, ya que, por una parte, los usuarios pudientes estarán en condiciones de abonar aranceles cada vez más elevados, y, por la otra punta, sectores cada vez mayores se irán incorporando al régimen de becas, hasta que, por último, toda la población quede incluida en esta especie de seguro social.

Es cierto, todo sistema tiene su punto débil, que en este caso es: ¿alcanzarán los comisarios argentinos para atender una organización tan vasta como la propuesta? Aquí viene en nuestra ayuda la reciente iniciativa que propicia la inmigración de mano de obra especializada del Este europeo: en esos países existen muchísimos comisarios políticos, hoy desocupados, que vendrán gustosos a esta tierra de promisión. Se objetará que un comisario no es lo mismo que un comisario político, pero, ¿no es político, un comisario?



NACIDO EL 7 DE AGOSTO

A Ariel Armony

Por Roberto Molinari

Mucha gente se ha horrorizado, viendo *Nacido para matar, Apocalypse Now* o *Pelotón*, de las atrocidades que cometen los militares norteamericanos en la formación de sus soldados para el combate. Una mirada retrospectiva a mi experiencia sobre el servicio militar en nuestro país me permite catalogar dichas películas como comedias americanas. Esta tragedia nacional, que a quienes la soportamos nos hace esbozar las primeras sonrisas una vez transcurridos los diez años, comienza para todos, incluida la familia, cuando se cumplen tres hechos fundamentales: la revisación médica, de la cual salir ileso demuestra aptitud; el sorteo, que todos esperan con la misma incertidumbre que aquel que escuchaba silbar una bomba sobre el techo de su casa en la Segunda Guerra Mundial, y el destino donde deberá cumplirse esta obligación por el término de un año, que no deja de ser un misterio hasta que se recibe la primera carta desde un paraje que sólo puede ubicarse en el mapa con la ayuda de un geógrafo de frondosa imaginación.

Corría el año '81 quién sabe a dónde cuando tuve que enfilarme en las tropas argentinas, que por entonces, sin conflictos bélicos cercanos ni enemigos potenciales, vivaqueaban en los cuarteles con el mismo entusiasmo que la hacienda en la Sociedad Rural. Nuestros jefes lejos estaban de parecerse a los estancieros, ya que nunca vi a una vaca subirse a un Unimog presa de tanto nerviosismo ni dormir y comer en un lugar que hubiese levantado voces airadas en la Sociedad Protectora de Animales. Primero estaba Dios, después la Patria, incluida la financiera, y luego estaba la familia, que no era otra que la de algún oficial al que le destinaban un soldado chofer, un soldado pintor, un soldado arquitecto, un soldado albañil, un soldado jardinero y un soldado asistente para que le abra las puertas, le lleve las carpetas, le lustre los borceguíes, le atienda el teléfono, le lave el auto, le cebe mate, le diga la hora y le agende diariamente, para evitar olvidos, que debe impartirle órdenes para todas estas actividades.

El día de nuestra citación abandonamos el Distrito Militar subidos a unos camiones a los que algún gracioso colocó carteles que decían "Zapala", "Ushuaia" o "Puerto Pingüino" para templar nuestro espíritu aventurero. Ya me había olvidado de la mañana fría en que nos revisaron, paseándonos desnudos de un lugar a otro como si estuviéramos en el Caribe, de la sangre que me extrajeron de un brazo mientras me ponían una vacuna en el otro, que tuvo la particularidad de quedarse concentrada como un huevo a la altura del hombro y disolverse dos años más tarde en un quirófano, bisturí mediante. Llegamos a un cuartel del suburbano donde sorteamos interrogatorios de diferente índole y que se extendieron hasta llegar la noche. Tras un breve recreo nos condujeron a una cuadra amueblada con setenta u ochenta camas marineras que nos esperaban desnudas. Nunca esperé que las poblaran con mujeres, pero al menos creí que tenían conocimiento acerca de la invención del colchón como complemento de esa suerte de trampa para zorros donde pensaban cobijarnos. En la profundidad de la noche, algunos lloraron amargamente. Al principio creí que eran perros pero cuando escuché los gemidos de mi compañero de abajo tuve la certeza de que los perros no lloran de esa manera.

Entre mis señas particulares se encuentra la de un despertar algo abúlico. Me lleva aproximadamente una hora despegar los ojos y otro tanto levantarme de la cama. Era muy temprano, aún no había amanecido, cuando sonó un silbato que me hizo pegar la cabeza contra los flejes de la cama superior. Confundido por el sueño, mi primera intención fue ir a buscar agua para apagar el incendio y pedir ayuda a los gritos por el desastre que acababa de ocurrir. El sargento premió mi disponibilidad para el movimiento con un paternal sopapo en la nuca que volvió a producirme sueño hasta las diez de la mañana. Tomamos nuestros jarros y salimos a la calle para recibir el desayuno que consistía en un pan modelo '63 y un poco de mate cocido en estado de ebullición. Al ver lágrimas en los ojos de mis compañeros supuse que eran producto de la nostalgia que nos embargaba, pero esos estúpidos pensamientos se esfumaron rápidamente cuando apoyé mis labios sobre el tazón de aluminio. No pude hablar por dos horas y pensé que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a decir la palabra onomatopeya.

Luego de pasearnos por el batallón con el objetivo de completar nuevas planillas, nos llevaron a un campo repleto de carpas de campaña en las que pensaban alojarnos para el beneplácito de las culebras y mosquitos que habitaban en ellas. Ellos mismos no ingresaban a ninguna sin antes colocarse la máscara y el traje de apicultor. Era la primera vez que utilizaríamos los elementos de rancho, los cuales se hallaban en el interior de una marmita que podía llegar a tener las iniciales de algún granadero que cruzó la cordillera para liberar Chile. Nos sentamos en el piso espalda con espalda esperando la comida que llegó transportada por soldados de la clase anterior, que por su manera de sonreír supuse que tenían mucho que ver con su preparación. Sobre nuestras cabezas había una hilera de bombitas de 40 watts que por suerte no irradiaban la luz suficiente para que pudiéramos ver qué teníamos en el plato. La comida era de colores variados, entre el verde y el violeta, con algunos salpicones amarillos que denotaban el espíritu artístico que caracterizaba a nuestro cocinero. Cuando me llevé algo de eso a la boca tuve una sola idea: desertar. Uno de los cabos había depositado sus ojitos centinelas sobre mi persona. Su mirada cálida y enternecedora bastó para que un ímpetu desconocido para mí me impulsara a introducir una y otra vez mi cuchara en la marmita como deseando devorarlo todo. No duró demasiado dicha euforia. Duró exactamente lo mismo que dos de mis dientes cuando masticaron un pedazo de caracú. Con valentía y soberbia prolongué mi deteriorada sonrisa como si disfrutara del más exquisito de los manjares. El postre llegó casi inmediatamente. En un segundo de distracción lo vi flotando en mi plato. Era una naranja que alguien se había encargado de servirme a distancia como para demostrar que el buen trato era otra de sus virtudes.

Después de la cena, encendieron un foco que me recordó a los campos de concentración alemanes. Debajo de la luz se colocó un oficial que más tarde reconoceríamos como teniente, dispuesto a darnos un sermón que nada tenía que ver con el de la montaña. Sus ojos estaban cubiertos por unos lentes particularmente originales de color verde. Este tipo debía saber algo acerca de un eclipse porque eran las nueve de la noche y el cielo era una sola estrella. Nos hicieron formar a las corridas, nunca entendí muy bien el porqué de vivir apurados para ir a ninguna parte. Esperó unos minutos en medio de un silencio absoluto y nos dijo: "No puede ser, ciudadanos, que a 24 horas de haber ingresado a la Agrupación Educación haya reclutas que perdieron parte de los elementos provistos por el Ejército. Faltan una cuchara y un tenedor. Me pregunto, si este cuadro se verifica a 24 horas del ingreso, qué va a pasar dentro de un año". Yo supuse que por regla de tres simple debían faltar muchos más tenedores y más cucharas. Antes de que terminara de hilvanar este complejo razonamiento, el predicador gritó a voz en cuello: "¡Conmigo carrera mar!". Miré para todos lados buscando un arroyo al menos, pero no vi otra vertiente de agua que no fuera una canilla que goteaba cerca del campamento. Cuando me dirigía a los piletones, alguien, evidenciando un signo de orientación, me asentó un puntapié en las nalgas que me quitó hasta el habla. Cuando aterricé me encontraba corriendo con mis compañeros alrededor del que nos estaba sermoneando. Corríamos en medio de una nube de polvo que terminó con todas las diferencias raciales existentes. El sujeto parecía divertirse con nuestra improvisada danza carnavalesca y no hacía otra cosa que soplar su silbato en forma alternada, que según tuvo la amabilidad de explicarnos, significaba la obligación de ejecutar determinados movimientos. Éramos 378 imbéciles corriendo y arrastrándonos alrededor de un pastor que procuraba educarnos. "¡Arrastrarse, culebras!" Parece que las culebras tampoco eran voluntarias. "¡Salto, rana!" Y fuimos 376 ranas porque dos de nosotras se desmayaron con tanto ejercicio. Nos prohibió ayudar al compañero caído. Según su concepto de solidaridad y camaradería debiamos pisarlo para ponerlo en caja. Pensando en el número que podía llegar a apoyar la suela de sus borceguíes sobre la alfombra humana, entiendo que la caja sería de madera y a medida. Nos llevó tocando el silbato como el flautista de Hamelín a recorrer la unidad, aunque a esa hora de la noche y a la carrera no pude reparar en detalles arquitectónicos ni en la naturaleza que nos rodeaba. Volvió a gritar: "Carrera mar es la máxima velocidad que dan las piernas. El recluta es una luz que atraviesa el campo y corre hasta que la muerte lo sorprenda".

Esa noche me dormí pensando en esa frase. Me imaginé vestido de lamparita atravesando el campo. Me imaginé superando la velocidad de la luz en un número circense. Me imaginé en otra dimensión y otra galaxia, haciendo vuelos interestelares, sintiendo a mis espaldas el acoso sostenido del sonido de un silbato.





Desde Avellaneda, humor de actualidad "Con la boca abierta", los jueves de 20 a 22 (FM Avellaneda, 107.3 MHz). Con Marcos Lion, Edy y Marcelo Lerner, y Néstor Barrientos. El humor tampoco termina en la General Paz.

Para un país en el pozo, nada mejor que un Salvabache. Tal es el personaje de Alejandro Sverdcik que se presenta como parte de *Hagámoslo de a 4*, esperemos que organizadamente. Puede vérselo en El Bululú, Rivadavia 1350, los viernes en trasnoche. A las 0.30. También el Salvabache estará en la Bienal los días 11 y 14 de diciembre. Síganlo, que el Salvabache no los va a defraudar. Ni a tapar.

Y también en El Bululú, también en Rivadavia 1350, Carlos Guarnerio sigue durante todo el mes con *Haciéndose la del Monólogo*. Todos los sábados, a las 23.15, con entrada libre, sale al toro, más allá de las oscilaciones del precio de la carne. Así que ya saben dónde verlo, reverlo o ambas cosas. En especial, esto último.



Justamente el problema es ese, que no se acaban. La mano de obra desocupada, ayer estatal, hoy cuentapropista, no se rinde. Comisarios retirados y otros que no terminan de retirarse, militares, civiles y afines se ganan la vida a costa de que otros la pierdan, o al menos pasen un muy mal rato.

La verdad es que, al lado de este tema, lo de la popó francesa era cosa fina.

Hasta el próximo sábado, con un tema mejor.